

JAVIER NEGRETE
EL
ESPARTANO



Año 480 a. C. Antes de morir en las Termópilas, el rey Leónidas entrega una carta sellada al oficial Perseo y le ordena que regrese a Esparta y se la entregue a su esposa, Gorgo. ¿Por qué decide que el mejor guerrero de la ciudad abandone la batalla, cuando la ley espartana prohibía retirarse o rendirse?

Esta es la historia del hombre que nació y se crio como Perseo, hijo del rey Damarato. Víctima de conjuras palaciegas, perdió el derecho al trono y debió aprender a sobrevivir como un simple guerrero. Mientras se olvidaba de quién había sido y quién estaba destinado a ser, soportó mil pruebas que lo convirtieron en otra persona: Perseo, un espartano más... y a la vez un campeón entre campeones. Y mientras tanto tuvo que ver cómo Gorgo, la mujer que amaba, se casaba con un miembro de la familia que había hundido su vida.

A Pablo Enrique Negrete y Matilde Medina, mis padres, que nos inculcaron a Jorge, a Jose y a mí, ya desde niños, el amor por los libros (entre tantas otras cosas).

Les debo todo lo que he escrito, mejor o peor, pero siempre con la pasión que heredé de ellos.

También les debo *El espartano* y se lo dedico a los dos, allá donde estén, reunidos después de tantos años.

PRÓLOGO

Las Termópilas, agosto de 480 a. C.

Cuando el guerrero del parche en el ojo dejó fuera de combate a los seis guardias reales que escoltaban a Leónidas, este comprendió por qué le resultaba familiar. Lo conocía desde niño. No era extranjero, sino espartano, aunque llevara diez años ausente de la patria.

Que Perseo, príncipe destronado de Esparta, apareciese el mismo día en que los trescientos guerreros escogidos por Leónidas llegaban a las Termópilas no podía ser sino una señal enviada por los dioses.

Buena o mala, eso era lo que Leónidas ignoraba.

El rey de Esparta había subido a las alturas del monte Calídromo acompañado por su amigo Diéneces y escoltado por aquellos seis guardias. Venían armados únicamente con lanzas y espadas con el fin de moverse más ligeros por los senderos del monte; el pesado escudo de roble resultaba imprescindible para luchar en la formación cerrada de la falange, pero no tanto en una posible escaramuza con tropas sueltas en terreno boscoso.

Desde allí, asomados sobre farallones de caliza que se alzaban a más de mil metros sobre las aguas del golfo, Leónidas y Diéneces estudiaron el campamento persa.

Una cosa era escuchar que el ejército invasor era tan numeroso que secaba los ríos al pasar y que dejaba los campos pelados como una plaga de langosta. Otra bien distin-

ta, contemplar desde las alturas aquel mar de tiendas de abigarrados colores, punteado por miles de humaredas, que se extendía varios kilómetros hasta difuminarse en la distancia. Entre todas esas tiendas destacaba una mancha, roja como un rubí: el pabellón real de Jerjes, tan grande como los dos palacios reales de Esparta juntos.

Según los informes de los espías, allí abajo, entre soldados, sirvientes y acompañantes se alojaban doscientas cincuenta mil personas. Leónidas dudaba mucho de que en todo el orbe de las tierras existiera una ciudad tan inmensa como aquel campamento, ni siquiera la afamada Babilonia.

—Un enemigo digno de Esparta —observó Diéneces a su lado, palmeándole el hombro.

Leónidas miró a su amigo y sonrió. El rey persa Jerjes, acostumbrado a súbditos que se prosternaban ante él, jamás habría tolerado semejante muestra de confianza en ninguno de sus subordinados. Pero los reyes espartanos no eran déspotas orientales exaltados sobre los demás hombres, sino primeros entre iguales, entre ciudadanos libres. Además, no existía persona en el mundo en la que Leónidas depositara más confianza que en Diéneces. Ni siquiera con su esposa y sobrina Gorgo compartía tal intimidad.

Pensando en Gorgo, a Leónidas le acudió a la memoria el momento en que se había despedido de ella, cuando la expedición salía de Esparta por el camino de Tegea. El niño, Plistarco, la acompañaba.

Aunque Plistarco tenía casi once años, en lugar de entrenarse en el durísimo campamento de la agogé como otros críos espartanos, se estaba educando en palacio, puesto que había nacido para ser rey. Leónidas consideraba que aquello era un error dentro del código de leyes de Esparta. Ni su antecesor en el cargo, su hermanastro Cleómenes, ni el anterior rey de la otra dinastía, Damarato, habían pasado por el campamento. Como resultado, aquellos dos soberanos nunca habían llegado a imbuirse del todo del espíritu de Esparta. En cambio, Leónidas, que por naci-

miento no estaba destinado a ser rey, sí lo había hecho. Eso hacía que comprendiera de verdad a los hombres que mandaba en la guerra y que se sintiera capaz de manejarlos como la mano callosa maneja la lanza de fresno.

Hombres que, por otra parte, eran pocos. Ridículamente pocos. Trescientos espartanos de pura cepa, los únicos que se había permitido elegir a Leónidas como miembros de su guardia personal. El grueso del ejército se había quedado en Esparta, por votación del consejo de ancianos y de Latíquidas, el rey de la dinastía Euripóntida.

Una de las ventajas del sistema espartano, una diarquía en la que dos reyes de linajes independientes, los Agíadas y los Euripóntidas, gobernaban en paralelo —un sistema único en Grecia y, probablemente, en el mundo—, era que ninguno de ellos, al estar controlado por el otro, podía convertirse en un tirano y abusar del poder. La desventaja consistía en que a menudo las acciones de un rey neutralizaban las del otro.

Que era, precisamente, lo que había sucedido con aquella expedición.

El pretexto que Latíquidas, el otro rey, había argumentado para no enviar más tropas a las Termópilas era que se estaban celebrando unas fiestas en honor de Apolo y que la ciudad no debía mancillarse con la impureza ritual del derramamiento de sangre.

La verdad era muy diferente. La mayoría de los miembros del consejo de ancianos tenían miedo de enviar tropas tan lejos, pues la ciudad vivía bajo la amenaza permanente de una rebelión de sus siervos ilotas, veinte veces más numerosos que sus amos espartanos.

Gorgo, siempre perspicaz para la política, había aventurado otra causa cuando se despidió de Leónidas.

—Estoy segura de que Latíquidas ha sido sobornado por el oro persa.

—No tenemos prueba de ello, Gorgo —le había respondido Leónidas.

—Cree lo que te digo. Hay traidores en Esparta, incluso en los puestos más elevados.

Allí, a la salida de Esparta, mientras los trescientos elegidos aguardaban al borde del camino aprovechando la sombra de un encinar, Leónidas había abrazado con ternura a su esposa. Gorgo, que tenía treinta años, la mitad de la edad de él, había crecido en belleza con el tiempo y se hallaba en su *akmé*, su momento de florecimiento. Pero si ya de niña su mirada mostraba siempre un dulce tinte de melancolía, en los últimos años aquella tristeza se había aposentado en sus ojos como un velo perpetuo. Leónidas conocía la razón, y Gorgo también sabía que él la conocía, pero nunca hablaban del asunto entre ellos.

—Tengo un mal presentimiento, Leónidas —le dijo Gorgo, apretando la cabeza contra el hombro macizo del rey.

—No tienes por qué.

Leónidas mentía, por supuesto, y ambos eran conscientes de ello. No solo mandaba una tropa del todo insuficiente, sino que además el oráculo de Delfos, el más respetado de Grecia y del mundo conocido, había profetizado que uno de los dos reyes debía morir para salvar a Esparta. Y ese, desde luego, no iba a ser Latíquidas, que en aquel momento debía de estar cómodamente sentado en su palacio.

—No lleváis hombres bastantes para contener a Jerjes —aseguró Gorgo.

—Soy el único que lleva hombres de verdad —respondió él—. ¿Recuerdas? Los que parís las espartanas.

Ella se apartó un poco para mirarle a los ojos. Los suyos estaban empañados.

—Con dichos ingeniosos no ganaremos una guerra. No vas a luchar contra una pequeña falange de hoplitas griegos que combaten con nuestras mismas reglas, sino con el ejército más grande que el mundo haya contemplado.

«El ejército más grande que el mundo haya contemplado», se repitió Leónidas, mientras estudiaba el campamento persa. ¿Qué mayor honor para un rey espartano que enfrentarse a tamaña horda? A sus sesenta años, cuando esperaba dedicarse a cuidar de sus viñas y fabricar vino, a Leónidas se le había presentado la ocasión de mandar un ejército en la mayor guerra jamás librada. Lo frustrante era que, por la mezquindad —o traición— del otro rey y por la excesiva cautela del consejo de ancianos, se veía obligado a hacerlo con aquella exigua fuerza. Sumando los contingentes del Peloponeso y los griegos que habitaban la región de las Termópilas, apenas pasaban de los cinco mil hombres.

Cinco mil contra los ciento veinte mil guerreros de la todopoderosa *Spada*, el ejército de Jerjes. ¡Un hombre por cada veinticuatro enemigos!

—Pueden ser suficientes —dijo Diéneces. Se hallaba en cuclillas sobre el borde de una pared que se precipitaba cien metros en vertical, para después suavizarse un poco y convertirse en la escarpada ladera que bajaba hasta el desfiladero. La cercanía del abismo no parecía imponerle lo más mínimo.

—Siempre me lees el pensamiento, Diéneces.

—Me limito a interpretar tus gestos, mi rey. Pero mira allí.

El dedo de Diéneces señaló justo abajo, donde se abría una explanada triangular. En ella se encontraban las fuentes termales que daban su nombre al paraje, las Termópilas. Según la leyenda, Heracles se arrojó a ellas abrasado por una túnica empapada en la sangre de un centauro, sangre que a su vez estaba emponzoñada por el veneno de la Hidra de Lerna. Ni el agua alivió el dolor del héroe, que terminó inmolándose en una pira sobre un monte vecino. Pero el calor del veneno pasó a las fuentes, que desde entonces

lo habían mantenido y se habían transformado en un balneario muy frecuentado.

Desde hacía varios días nadie se bañaba en aquellas aguas, pues la explanada se había convertido en tierra de nadie entre ambas huestes. Al oeste, o a la izquierda desde el punto de vista de Leónidas, se extendía el campamento persa, mientras que a la derecha se levantaba el Muro Focense, una vieja construcción que el rey espartano había hecho reforzar. Leónidas no tenía intención de combatir detrás del muro, ya que ese no era el estilo de lucha de los espartanos. Su plan consistía en adelantar líneas y formar su propia pared de escudos casi en el vértice del triángulo, entre la montaña y el mar.

—Por muchos soldados que traiga el Gran Rey —dijo Diéneces—, allí abajo no podrán combatir más que en un frente de doscientos o trescientos escudos. Y cada uno de ellos tendrá delante de él a un espartano. Si los aliados nos relevan de cuando en cuando para que tomemos aire, podremos aguantar un tiempo indefinido.

—Lo que me preocupa no es lo que tenemos ahí abajo, sino a la espalda —repuso Leónidas, volviendo la cabeza hacia el paraje boscoso que se extendía hacia el sur.

El desfiladero de las Termópilas no era el único lugar por el que los persas podían invadir la Grecia central. Existía una senda que subía desde las cercanías del campamento persa y atravesaba una serie de vaguadas entre el lugar donde se encontraban ellos y las cimas más elevadas situadas al sur. Dicha senda desembocaba justo tras la retaguardia de las fuerzas de Leónidas. Si el enemigo seguía esa ruta y los sorprendía en una maniobra envolvente...

Leónidas trató de desechar aquel pensamiento. Había tomado las medidas que podía tomar. Lo demás quedaba en manos de los dioses.

—Los focenses conocen bien esta zona —aseguró Diéneces, refiriéndose a los mil soldados que Leónidas había

apostado en las alturas para vigilar la senda—. Puedes confiar en ellos.

—¿Tú crees?

—Ya los has visto. Son valientes y agresivos.

—El mismo tipo de valentía rápida que desaparece en cuanto llega Fobos, el Miedo. Nada parecido a la disciplina de un auténtico soldado.

«De un espartano», implicaban las palabras de Leónidas. Diéneces no contestó. Únicamente trataba de animar a su amigo.

Se suponía que la misión del pequeño contingente de infantería que mandaba Leónidas era tan solo contener a la *Spada* en tierra. El verdadero esfuerzo de la alianza helénica iba a llevarse a cabo más al este, al norte de la isla de Eubea. Allí, las trescientas cincuenta naves griegas debían enfrentarse a los seiscientos trirremes de Jerjes. Una gran desproporción, pero no tan desorbitada como la que sufrían las tropas de Leónidas.

La flota tenía un punto a favor: la mayoría de los barcos eran atenienses y los dirigía el mejor estratega y político de aquella ciudad, Temístocles. Pero contaba con otro punto en contra: el mando nominal lo ostentaba el almirante espartano Euríbiades, tan incapaz de diferenciar proa y popa o babor y estribor como la mayoría de sus compatriotas.

Leónidas volvió la mirada de nuevo al campamento persa. Al verlo tan inmenso, sintió que la desesperación brotaba en su alma como una mala hierba. Seguramente derrotar a Jerjes era un empeño imposible.

Pero él ya era mayor, y a esas alturas de su vida un espartano como él no iba a renunciar al orgulloso código de su ciudad. Ni, por supuesto, iba a traicionar la causa común de la libertad de Grecia.

Fue entonces cuando oyó voces tras de sí. Alarmado, se giró buscando el pomo de la espada.

Un desconocido, un hombre muy alto, de cabellos y barba pajizos, había salido de entre los pinos con un sigilo

sorprendente en alguien de su tamaño.

—¡Soy amigo! —se apresuró a decir, bajando al suelo la punta de la lanza y levantando en alto la mano izquierda con la palma abierta.

Trasilao, el oficial que mandaba a los guardias, se acercó a él y, apuntándole con la lanza hacia el rostro, dijo:

—¡Suelta el arma y ponte de rodillas!

Aquella amenaza no resultó del agrado del desconocido. Con una rapidez asombrosa, usó su lanza para desviar la punta de la de Trasilao, se metió dentro de su distancia de combate y, blandiendo el arma con ambas manos en un rapidísimo molinete que hizo zumbar el aire, le golpeó en la sien con una fuerza tremenda. Cuando Trasilao trastabilló y cayó de rodillas, el desconocido acabó de tumbarlo propinándole una patada en el pecho. Todo había ocurrido en apenas medio latido.

Por suerte para el oficial de la guardia, aquel hombre traía los dos extremos de la lanza embotados con bolas de cuero; de lo contrario, el alma de Trasilao estaría ya siguiendo a Hermes camino del reino de los muertos.

—¡A por él! —gritó otro de los guardias, enristrando su propia lanza con la intención de acometer al desconocido.

Mientras los cinco guerreros se abrían en abanico para atacar simultáneamente, Diéneces, sin perder la calma, se acercó a Leónidas y le dijo:

—¿Ese tipo no te resulta familiar?

Leónidas asintió.

—Más que familiar.

Diez años antes había visto cómo ese hombre, cuando todos sus compañeros de campamento se dejaban caer derrengados tras la durísima instrucción, seguía entrenando a solas con la lanza. Su estilo era inconfundible, aunque parecía haberlo refinado y purificado con los años, reduciéndolo a los movimientos imprescindibles, sin alardes ni aspavientos.

No podía ser otro que Perseo, hijo de Damarato. El mismo Damarato que había sido depuesto de su cargo como rey doce años antes y que ahora, movido por el rencor, ocupaba un lugar como consejero de Jerjes en el campamento enemigo.

¿Qué demonios hacía allí Perseo? ¿Había decidido pasarse al bando persa al igual que su padre? ¿Acaso venía a matarlo a él, a Leónidas, por encargo del Gran Rey?

No, aquello no cuadraba con su forma de ser ni de actuar.

Aunque, por otra parte, se preguntó Leónidas, ¿quién puede saber cómo cambia un hombre en diez años?

Pese a que los cinco guardias tenían las puntas de las lanzas desnudas y afiladas y ambos extremos de la suya estaban embotados, Perseo consiguió salir del abanico de adversarios y esquivar o desviar sus ofensivas sin recibir ni un rasguño. Con movimientos felinos y precisos, fue atacando a sus rivales por los flancos, procurando aislar a unos de otros para enfrentarse a dos como mucho simultáneamente. Los golpes fulgurantes de su lanza de dos puntas, dirigidos contra las cabezas, las espinillas o las ingles de sus adversarios, hicieron que los guardias reales fueran hincando la rodilla de uno en uno. Cuando apenas había pasado un minuto de lucha, los cinco hombres habían quedado prácticamente fuera de combate.

Al ver que Perseo se disponía a usar las puntas emboladas de su lanza para golpear en las cabezas a sus contrincantes y terminar de neutralizarlos, Leónidas levantó la mano y exclamó:

—¡Ya es suficiente!

Perseo retrocedió, trazó un par de molinetes que hicieron silbar el aire y descansó la lanza en el suelo. De los guardias, algunos empezaron a levantarse entre gruñidos, mientras que otros, que sangraban por diversas heridas, necesitaron la ayuda de sus compañeros. Todo había ocurrido a tal velocidad que, si alguien le hubiera pedido que re-

construyera la escena, Leónidas habría sido incapaz de hacerlo.

El peor parado era Trasilao. El golpe en la sien lo había dejado tan mareado que no era capaz de atinar a apoyar su propia mano en la rodilla para hacer fuerza y ponerse de pie. Perseo se acercó a él y le tendió el brazo para ayudarlo.

—¿Qué opinas ahora, Trasilao? —le preguntó—. ¿Sigues creyendo que no hay ningún guerrero sobre la faz de la tierra capaz de derrotar a seis enemigos?

El oficial se agarró al antebrazo de Perseo y se incorporó resoplando. Encima de la oreja tenía una herida no demasiado grande de la que manaba algo de sangre, pero mucho se temía Leónidas que iba a seguir aturdido horas o incluso días.

Como si le sobraran los soldados, para que ahora llegara Perseo a lesionarle a otros seis.

—Está bien, Perseo —masculló Trasilao—. A la tercera lo has conseguido.

Leónidas comprendió que allí se escondía una vieja historia entre Perseo y Trasilao, pero en ese momento no tenía tiempo para indagar sobre ella. Acercándose al recién llegado, lo examinó de pies a cabeza. Venía ataviado con una túnica descolorida, sobre la cual llevaba una capa de pieles. Tanto la barba como los cabellos rubios se veían desgreñados. Eso, junto con las pieles, le confería un aspecto muy poco espartano, pensó Leónidas, acariciándose sus propias trenzas bien peinadas y aceitadas.

Le dio la impresión de que Perseo había crecido todavía más, o quizá era que no lo recordaba tan alto. Leónidas mismo era un hombre de estatura algo más que mediana, con músculos que a sus sesenta años seguían siendo abultados y apenas mostraban la flacidez de la edad. Pero Perseo le sacaba casi una cabeza, y sus brazos y piernas se veían nervudos y marcados como los de una estatua de bronce. Que alguien de su tamaño se moviera con tal rapi-

dez resultaba casi inconcebible y lo convertía en el guerrero más letal que Leónidas hubiera visto en su vida.

Con la excepción de Bagabigna, el Asesino Blanco, que lo había derrotado en aquella infausta tarde delante de miles de espartanos. Pero Bagabigna estaba muerto y Perseo, mucho más vivo de lo que Leónidas esperaba después de tantos años sin recibir noticias suyas.

No había sobrevivido sin recibir algunas heridas; eso saltaba a la vista. Reparando en el parche de cuero que le cubría el ojo izquierdo, Leónidas le preguntó:

—¿Quién te hizo eso? ¿Otro ritual con mutilaciones como el de Arcadia?

—Es una vieja historia, Leónidas —respondió Perseo—. Ya está más que olvidada.

—¿Alguien puede olvidar una historia de resultados de la que queda tuerto? —inquirió Diéneces acercándose a ambos.

Perseo inclinó la cabeza para saludarlo.

—Es un placer verte de nuevo, Diéneces. Veo que Esparta manda pocos hombres a esta guerra, pero al menos elige a los mejores.

Mientras Diéneces correspondía al cumplido asintiendo con la barbilla, Leónidas estudió el rostro de Perseo. Pese al parche del ojo y a la nariz torcida —un regalo de su propio hermano—, estaba más guapo que cuando era un joven príncipe. Antes su belleza resultaba demasiado perfecta, demasiado apolínea. Y todo el mundo sabía que Apolo, de tan bello y relamido, cosechaba más rechazos que conquistas.

«¿Cuántos años tiene?», se preguntó Leónidas. Trató de recordar. Debían de ser treinta o treinta y uno. Aunque su cuerpo se correspondía con esa edad, su rostro, de piel clara, mostraba algunas arrugas de más en las comisuras de los ojos. Sobre todo, su mirada era la de alguien que había visto, sufrido y perdido más de lo que cabía en tres décadas de vida.

—¿Qué haces aquí, Perseo? —interrogó Leónidas—. No hemos sabido nada de ti desde que fuiste a hablar con mi hermanastro en su celda.

—Aquella conversación no resultó del todo satisfactoria.

—No debió de serlo, porque no te despediste de nadie. Ni siquiera de ella. No tienes ni idea del dolor que le causaste.

—Créeme, Leónidas —contestó Perseo, clavando en él el azul de su único ojo—. Fue mucho mejor así.

—Contéstame a esto, al menos. ¿Por qué has venido precisamente ahora?

—Tengo entendido que no traes muchos hombres, Leónidas. ¿Vas a poner objeciones a alistar a un guerrero más?

«Leónidas», no «mi rey». Así lo llamaba Perseo antes, cuando era él y no Leónidas quien estaba destinado a empuñar el cetro real, antes de que las caprichosas Moiras le dieran la vuelta a todo. Y parecía empeñado en seguir dirigiéndose a él de aquel modo.

Leónidas miró de soslayo a Trasilao y a los guardias, que se mantenían apartados a una distancia prudencial.

—Vistos los daños que has causado en mis fuerzas, tu lanza será una buena manera de compensarlos. Pero no veo que hayas traído escudo.

—En tu ejército habrá alguien que pueda prestarme alguno —respondió Perseo—. Pero puedo contribuir con algo más que con mi lanza. Vengo desde Tesalia marchando en paralelo con el ejército persa. Puedo contarte algunos detalles sobre su organización y su modo de combatir.

—¿Los conoces solo por marchar en paralelo con los persas? —preguntó Leónidas, torciendo la cabeza a un lado—. ¿No será que tu lanza ha servido a las órdenes de Jerjes?

—Mi lanza ha servido a las órdenes de muchos jefes, griegos y bárbaros, desde Sicilia hasta Egipto —replicó Perseo—. No soy el primer espartano que ha luchado como mercenario, ni seré el último.